

# El Capital. Crítica de la economía política

Gastón Caligaris

CICP / UNQ / CONICET

*El Capital. Crítica de la economía política.* 1867. Marx lleva casi 25 años escribiéndolo. “He sacrificado salud, felicidad y familia” para terminar esta obra, le escribe a Mayer ese año. Y continúa: “me río de la gente que se dice ‘práctica’ y de su sabiduría [...] Me habría considerado realmente como NO PRÁCTICO si hubiera muerto sin haber terminado mi libro.” (Marx, 1983: 158) ¿De qué trata este libro, esta crítica práctica a la que Marx ha dedicado toda su vida? Trata de nosotros, de nuestro ser social y de nuestra conciencia, de nuestra subjetividad política y de las potencias revolucionarias de este modo de producir la vida social. Veamos.

Marx comienza por el análisis de la mercancía sin más justificación que ser ésta la forma en que se presenta la riqueza en esta sociedad. Algo es mercancía si, además de ser útil, se puede cambiar, esto es, si tiene valor. ¿Por qué una mercancía tiene valor? Porque es el producto de un trabajo organizado de manera privada, autónoma y recíprocamente independiente respecto de quien va a consumir dicho producto y, por tanto, respecto de todos los otros trabajos que producen el resto de las mercancías. Marx descubre por esta vía que en esta sociedad la organización de la división del trabajo social —esto es, la asignación de la capacidad total para trabajar de que dispone la sociedad a las distintas formas concretas útiles de realizarse— no se efectúa a través de relaciones directas entre las personas sino a través del intercambio de mercancías. Que la mercancía es ella misma esta relación social, una relación social cosificada. Que la mercancía

es la portadora de la organización de la participación individual en la unidad de la vida social. Que la mercancía es un fetiche: un producto del ser humano que se le enfrenta como algo ajeno y que lo domina. Finalmente, que empezar el análisis por la mercancía era empezar el análisis por la subjetividad humana enajenada en la mercancía (Marx, 1999: 43-102).

Porque el carácter social del trabajo privado sólo se puede poner de manifiesto en la unidad del proceso de intercambio, las mercancías deben erigir a una de ellas como su equivalente general, una única mercancía que sirva de expresión del valor de toda mercancía. El ejercicio de la relación social pasa, por consiguiente, por cambiar mercancía por dinero y dinero por mercancía:  $M - D - M$ . Pero esta misma circulación de mercancías nos pone delante de un movimiento contrapuesto: dinero que se cambia por mercancía para cambiarse por más dinero:  $D - M - D'$ . Es el dinero funcionando como capital. Las diferencias formales nos ponen delante de la diferencia de contenido: en un caso, se empieza con un no-valor de uso para el poseedor y se termina con un valor de uso para éste, la finalidad es el valor de uso, el consumo, la satisfacción de una necesidad personal; en el otro, se empieza con dinero y se termina con más dinero, es decir, con el mismo punto de partida incrementado, la finalidad es el plusvalor, la satisfacción del proceso de autovalorización del valor. El capital actúa como un sujeto automático (Marx, 1999: 103-202).

Tratándose la circulación de mercancías de un proceso de cambio de equivalentes, la valorización del valor solo puede explicarse mediante la compra de una mercancía cuyo valor de uso sea ser fuente de más valor del que ella misma posee. Y esa mercancía es la fuerza de trabajo que ofrece el individuo que es libre en el doble sentido de estar liberado de toda relación de dependencia personal y de los medios de producción. El resto de las mercancías, en consecuencia, dejan de aparecer como simples productos del trabajo para revelarse como productos del trabajo bajo el comando del capital. Ya no se trata, por tanto, de la producción de valores de uso con la mediación de la producción de valor, sino al revés, de la producción de valor con la mediación de la producción de valores de uso. El capital en cuanto sujeto automático se presenta como la relación social enajenada a través de la cual se organiza y se realiza la producción social (Marx, 1999: 203-276).

Si entre derechos mercantiles iguales decide la fuerza, el trabajador aislado no puede sino sucumbir frente al capitalista condenándose a malvender su propia fuerza de trabajo y, por tanto, a desgastarla prematuramente, a atrofiarla, e incluso a aniquilarla de modo definitivo. La necesidad del capital de preservar su única fuente de plusvalor se abre paso a través de la constitución de los vendedores de fuerza de trabajo como clase y de la lucha de clases por la compra-venta de la fuerza de trabajo. Las relaciones políticas que constituyen la lucha de clases se revelan como la forma concreta necesaria en que se realizan las relaciones económicas que constituyen la acumulación de capital. (Marx, 1999: 277-378)

Limitado por la extensión de la jornada laboral, el capital se afirma como el sujeto automático que es transformando al proceso de trabajo en vistas de producir más plusvalor mediante el aumento de la productividad del trabajo que abarata las mercancías que entran en el consumo obrero. La cooperación simple, la división manufacturera del trabajo y la gran industria son modos de producir este plusvalor relativo. En todos los casos, se opera un proceso de socialización del trabajo, de transformación del papel del capitalista y del obrero, y de transformación en los atributos productivos de los distintos órganos del obrero colectivo. Bajo la gran industria, en tanto modo más potente de

producción de plusvalor relativo, el capital produce una diferenciación creciente en la subjetividad productiva de la clase obrera. A una parte la condena a su degradación más absoluta convirtiéndola en población obrera superflua. A otra parte la degrada a ser un apéndice viviente de la maquinaria. Finalmente, a otra le expande sus atributos productivos vinculados al control científico de las fuerzas naturales y a la organización de masas crecientes del trabajo social. (Marx, 1999: 379-693)

La reproducción en escala ampliada del capital muestra que las y los obreros salen del proceso de producción reproducidos como tales, que su fuerza de trabajo es comprada con el producto de su propio trabajo, que su proceso de consumo es sólo para reproducirse como tales para el capital. En suma, que tanto fuera como dentro del proceso de trabajo las y los obreros somos atributos del capital. Pero también muestra que la renovación incesante de la producción de plusvalor relativo lleva consigo la creciente socialización del trabajo privado y la consecuente capacidad para organizar conscientemente el carácter social del trabajo por parte de la clase obrera. El capital socaba así sus propias bases determinando a la clase obrera como el sujeto de su superación revolucionaria. El modo de producción fundado en la incapacidad de los seres humanos para organizar consciente y por tanto libremente su proceso de vida social produce el modo de producción de los individuos conscientes y por tanto libremente asociados. Como dice Marx, la socialización y el control consciente del carácter social del trabajo “alcanzan el punto en que son incompatibles con su corteza capitalista” y “se la hace saltar” (Marx, 1999: 953; 695-967).

## **Bibliografía**

Marx, Karl (1983 [1867]) "Carta a S. Mayer del 30 de abril de 1867", en Karl Marx y Friedrich Engels, Cartas sobre 'El Capital'. La Habana: Editora Política.

Marx, Karl (1999 [1867]) El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I. Vol. 1, 2 y 3. México: Siglo XXI.